

A TIENTAS

.....
capítulo IV

.....
naufragios

.....
BBA - UNLP

*¡...piedad por quien lo sabe, quien lo dice,
quien lo ignora y va a tientas en la sombra
de las palabras!*

Eugenio Montale

CAPÍTULO CUATRO: NAUFRAGIOS

No se confunda, esto no es una revista, es una victorinox. Y si no me cree, puedo decirle que un relato puede salvarle la vida, así como usted puede por ejemplo abrir un candado o una botella con un poema. Incluso puede animarse, si es valiente, a buscar su propia aventura armado tan sólo con una historieta, le aseguro que no se defraudará. Pero cuidado, no existe un listado de aplicaciones, mucho menos una guía de uso y, por más que lo intente, no encontrará tampoco un tutorial en internet. No tiene en sus manos un manual, por más que contenga ilustraciones, para descubrir sus funciones está usted totalmente solo, en una isla, y debe valerse de su ingenio para desentrañar cada una de ellas. Siéntase libre de recorrerla a voluntad, puede abrirla, cerrarla y mirarla en todas direcciones, puede desarmarla y montarla de nuevo, o dedicarse rigurosamente al estudio de cada una de sus pequeñas partes; puede -lo invito- compartir el desafío con otras personas, no espere que sigan su misma ruta. Al desplegarla, ya sea con cuidado y delicadeza, o simplemente como acto reflejo, notará que está pensada y pulida con empeño; y que, más allá de su utilidad práctica como herramienta, es en sí un objeto estético.

Todo lo que se pierde: Pero ¿qué es un náufrago?, ¿qué hace falta para incluirse en esa amplia categoría? Como dije, no encontrará las respuestas a simple vista. Existe, de manera casi ineludible, un náufrago

clásico, con su barco y su isla desierta; existen, de la misma forma, los más variados e inverosímiles naufragos que podamos imaginar. Es cuando naufragar deja de referirse a un único naufragio que tendemos un puente desde el desierto a las estrellas, y conectamos los más disímiles contextos y sujetos. Así, usted puede pensar mil ejemplos: naufragios que se contradicen, que están unos adentro de otros, o incluso que se repiten; naufragios futuros, que vuelven sobre sus pasos, que se confunden, que nunca suceden o que nunca toman el mismo camino.

Para aquellos que (des)afortunadamente nos topamos con alguno de ellos, tampoco existe un mapa, ni un manual, ni mucho menos una guía. Estamos librados a la suerte y al ingenio cuando nos enfrentamos al naufragio. Podemos embestirlo de frente, salirle al paso con la mirada fiera y el valor que reunamos; podemos amotinarnos en su contra, escaparle a lo previsto y fijar un nuevo rumbo; o también, ya sin esperanzas de sobrevivirlo, entregarnos a la tarea de preservarlo todo para aquellos que vengan después, con la idea de que tal vez alguien rescate nuestra bitácora.

Aun así, después de todo, puede sorprendernos ese naufragio que no vimos, y dejarnos desnudos, sin posibilidad de hacer nada, como un cabo suelto al final de un párrafo.

F. C.

MASCARÓN DE PROA



GANAS DE MATARTE

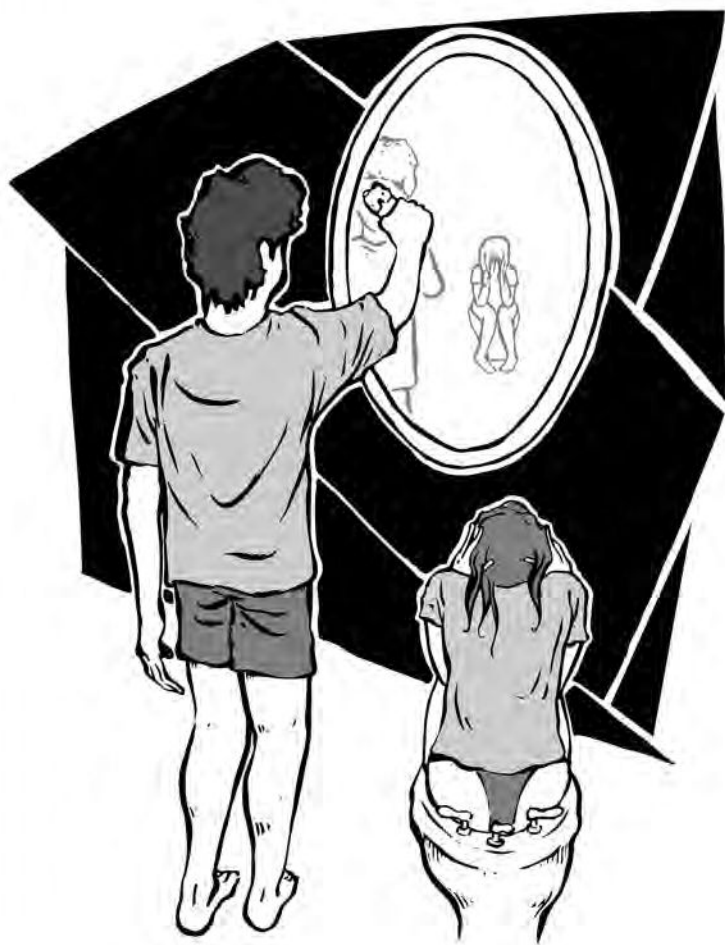
Hoy me desperté con ganas de matarte. Te apareciste en mis sueños como siempre, volando bajo las esferas que adornan mi habitación, mientras la ropa guardada se desparrama y el jugo de mango que te preparaba inunda mi acolchado con el perfume característico que algún sector de mi cerebro (no podría especificar si arriba o abajo, izquierda o derecha) recuerda como tuyo.

Hoy me desperté con ganas de matarte. No recordaba que ya lo había hecho, eso lo había olvidado. El olvido es una forma de negación, lo aprendimos con los años. Como cuando olvidé que detestabas las aceitunas, no podía creer que difiriéramos en eso; aún hoy no lo acepto. Yo, que te las había traído de Grecia y no quise tocar ninguna por miedo de que te enojara el recipiente abierto o algo vacío. No comprendo. Lo que me gusta a mí te tiene que gustar a vos y punto. Me resistí a comerlas por amor a vos, siempre por amor, todo por amor. No vayas a pensar que estaba haciendo dieta o algo por estilo, sin embargo a vos te hubiese venido muy bien, se me estaba paspando la espalda de tanto rozar con semejantes caderas. Mirá que yo te quise mucho, pero las cremas curativas no me las cubría IOMA ni nadie, yo solito me las arreglaba.

Ahora te estarás preguntando por qué esta emoción mortífera hacia vos se reitera, y espero sea la última vez. Retomando el sueño de esta mañana, no sólo eran meras secuencias de algo que creía hermoso. Vos desaparecías de mi vista cuando escuché unos sonidos como si viniesen de adentro y de afuera de la habitación, y los buscara con mis oídos para aclarar las palabras. Una conversación telefónica de dos que en la misma casa no se encontraban. Mujer: vos. Y hombre: alguno de los tantos con los que andabas.

No quise levantarme rápido para que no oyeras el movimiento de la cama que siempre rechina. Por fortuna, el durlock de las paredes empezaba a aclararse de modo que veía a través de ellas, uno a veces no puede razonar que eso es imposible y continúa enfocado en las cosas extrañas que suceden dejando de lado toda explicación. Visualicé tu figura en el baño, sentada sobre el bidet. Llorabas y yo sabía que había hecho algo malo, pero no recordaba qué era. La voz del hombre eran puros gritos y algo provocaba el golpe de un portón o alguna chapa con un ritmo bien marcado. Hasta que me puse de pie ya habían sonado unos cuantos golpes, me acerqué a la puerta del baño para que vieras que estaba yo ahí para vos, y debías dejar de llorar. Sabías que no soportaba tu llanto, era más fuerte que el de cientos de bebés llorando y tus ojos largan tantas lágrimas que siempre terminabas por cambiarte la remera.

Tu cara al verme fue de espanto, pero no estabas viéndome a mí que estaba allí para consolarte, estabas viendo a través de mí, donde se encontraba el hombre que no dejaba de gritar, aunque ya no te estaba gritando. Yo era un fantasma en la escena y así era porque no debía estar observando lo que sucedía en ese baño. Fue muy similar a la última vez que nos vimos. Él se acercaba, te secaba las lágrimas y vos lo abrazabas. Claro, no era un abrazo amistoso, así que tuve que actuar. Es mi deber como hombre protegerte y vos no estabas segura al lado de aquel tipo. Tomé del segundo cajón de la habitación la pistola que era de mi padre, increíble que mi mente la haya recreado tal cual, con sus iniciales grabadas en la empuñadura y la punta del gatillo rota. Volví hacia el baño y la situación que te involucraba a vos y a aquel hombre se había convertido en algo un poco más subido de tono, de modo que decidí hacerlo rápido, aunque no sabía bien qué era lo que iba a hacer. Te apunté a vos, a él y a mí.



Ahora sí podías ver que estaba allí con ustedes y me pedías perdón, otra vez. Y yo disparé, otra vez.

Es raro hacer las cosas bien cuando es demasiado tarde, y más todavía cuando es irrelevante, pues me disparé a mí mismo en el sueño y eso, si hubiese sido real, habría acabado en algo muy distinto. Da bronca no poder retroceder en el tiempo para revertir algunos hechos. Te escribo esta carta para dejarte en paz, porque siempre te tomás el trabajo de meterte en mis sueños. Y vos, dejame en paz a mí también, ya me di cuenta de que sos vos la culpable cuando me sirven una porción pequeña de pan de carne o cuando despierto con la frazada tirada en el piso y me muero de frío en esta celda del demonio.

DELFINA IOCCO



No se puede erupcionar
sobre la filosa unión
entre lo concreto y el cristal
sin antes cerrar los ojos.

CLARA VALES





Esa madera
que se hunde
se pudre
se entristece
al vernos desde abajo.

Se pierde
en la soberbia
del cielo cauteloso.

Se inclina,
sofocándome
en la tierra muerta,
y me empuja hasta caer.

MALENA GONZÁLEZ

AMOTINADOS



LA VENGANZA DE AFRODITA

Era su pasatiempo observar por la ventana, lo encontraba más entretenido que la ridícula programación de los canales de aire. Lo acompañaba una vieja radio que perdía la señal habitualmente, aunque la mayoría de las veces no lo notaba.

¿Qué no había visto ya incontables veces desde su pequeño departamento del cuarto piso? Sólo eran sombras deambulando por la calle, pero pensar en ello parecía distraerle. Unas pocas siluetas se dibujaban entre las nubes de vapor provenientes de las alcantarillas: eran los desamparados que se acercaban para mantener el calor esperando el amanecer. Parecían ratas agazapadas en torno a un pedazo de queso rancio, arrojándose miradas celosas, marcando su territorio. Este triste espectáculo se repetía cada noche con pequeñas variaciones. De vez en cuando alguien notaba su acecho y miraba hacia la ventana (o tal vez fuera una impresión por el hecho de sentir algo de temor hacia esas formas desdibujadas), pero no sucedía nada más. Se consideraba un privilegiado pues tenía a su disposición todo un grupo de actores que no exigía honorarios y brindaba día tras día una función.

Esa noche en particular el clima era increíblemente despiadado, tan frío que por momentos no se veía nada, y de a ratos llovía con considerable fuerza. Las nubes debían estar particularmente cargadas porque pese a sus esfuerzos le era imposible sintonizar algo en la radio. De todas maneras, se hallaba bien dispuesto a disfrutar de su función habitual, sentado en la silla de madera rechinante y astillada que había comprado en alguna subasta. La radio emitía una constante interferencia que hubiera hartado hasta al más paciente, pero él permanecía inmutable. De

pronto oyó un ruido ensordecedor, tembloroso, grave y monótono. Era como si alguien estuviera golpeando justo debajo de su ventana. Nunca había pasado nada especial hasta entonces, y él no estaba preparado para este tipo de sobresalto. Se levantó alterado, sin decidirse si debía averiguar qué era lo que había pasado. Quedó quieto a un lado de la silla hasta que nuevamente escuchó el sonido, esta vez más fuerte.

Entonces se asomó por la ventana y miró abajo: nada, silencio. Las siluetas seguían su rutinario ir y venir, los vapores aún eran su punto de reunión, nadie miraba en dirección a su ventana, nadie hacía nada que no hubiera hecho antes. La total indiferencia de todos lo llevó a pensar que había sido su imaginación, pero bastó que volviera a la silla para que el sonido se repitiera, más fuerte y más cercano, más contundente. Por un momento se quedó petrificado, no se atrevía a mover un dedo por miedo a provocar nuevamente a lo que fuese que hubiera hecho ese sonido. Contuvo la respiración por un instante y el silencio llenó la habitación, sólo podía oír su propio corazón latiendo con tanta fuerza que parecía querer abandonar su pecho. Cuando por fin volvió en sí, todo seguía igual, parecía que nadie estaba al tanto de lo que sólo él había percibido tan claramente.

Pasaron algunos minutos que parecieron horas, se incorporó nuevamente y buscó la radio en la oscuridad. Era tal el temor del pobre hombre que le temblaban las manos y sólo pudo apagarla desconectando el cable. El temor inicial se convirtió en ira, definitivamente alguien lo estaba tomando por idiota y seguramente se reía en algún lugar observando su accionar, que él mismo reconoció digno del más estúpido. Tomó su abrigo, y mientras formulaba todo tipo de hipótesis, se acercó a la puerta decidido a bajar las escaleras

y buscar alguna explicación y, de ser posible, acabar de una vez con esa situación tan inoportuna. "Yo no me quedo un minuto más acá", se dijo, pero justo antes de tomar el picaporte sintió algo. Alguien hablaba, o zumbaba, y por momentos hacía ambas cosas. Entonces se percató; la radio, una interferencia, una voz apagada, transmitía las noticias: no era su emisora habitual. Pero era su radio y ahora sí oía la interferencia; entonces volvió el silencio, y de nuevo el ruido, y de nuevo el miedo.

No se atrevió a acercarse a la radio, mucho menos a la ventana. Se sentó en el suelo, contra la puerta. El viento movía la cortina y hacía entrar agua de lluvia, mojando la silla y el piso, para terminar escurriéndose entre las tablas de madera. Una sensación de desolación, un frío en la espalda, le recorrió el cuerpo. La radio ya no sonaba, pero el miedo seguía en el aire. Recordó haber desenchufado el maldito aparato, jamás le había colocado baterías pero la interferencia delataba su funcionamiento. Estaba seguro de que no era su imaginación, él no era un idiota y mucho menos un demente, pero el ruido... el ruido se repetía cada vez más atroz y ensordecedor. La mueca de miedo que antes había sido apenas perceptible era ahora una deformación de su rostro, que más parecía el de un psicópata que el de un anciano indiferente.

Salir de aquella incómoda posición le resultó imposible. El frío volvía y lo obligaba a permanecer sentado, esperando, observando, oyendo la interferencia que se apoderaba de su mente. No podía pensar en nada más y nada más existía en ese cuarto para él: sólo el ruido y la pared que, a sus espaldas, le indicaba que estaba ahora en un rincón de la habitación, lejos de cualquier haz de luz que pudiera atravesar la vieja cortina. El agua de lluvia

llegaba ya a sus pies y mojaba sus piernas, enfriando cada vez más el cuerpo del anciano. Sin embargo, no se movió, ni parpadeó, ni hizo expresión alguna, sólo se repetía a sí mismo que debía esperar, esperar a que la noche acabase y que las malditas sombras de la calle desaparecieran.

ALEJO ANDRADA





Allí estará,
sosteniendo en su mano
el recuerdo de una piedra.

Quien haya pisado el mundo
sabr  ignorarme,
y los ratones cotidianos
guardarán silencio.

Algún toro campestre
embestir  contra nosotros:
la sangre correrá por las vetas,
tan verde como siempre.

Y tal vez muramos,
como los zorros del averno,
devorados por el agua.

Mas con nosotros siempre estará
el recuerdo de esa piedra.

FELIPE CAVALLI



NUEVE EN PUNTO

Abrió los ojos de golpe cuando el miedo le impidió seguir durmiendo. Una fuerte angustia lo recorría de pies a cabeza, y un filo helado bailaba sobre su espalda, en la línea de la columna. Sentía una extraña opresión en el pecho que le impedía respirar con normalidad.

Su esposa, a su lado, dormía tranquilamente, con suspiros regulares y suaves ronquidos, por lo que se destapó con cuidado y caminó con las piernas temblorosas hasta su ropero, donde tanteó a oscuras una vieja camisa y un pantalón lleno de parches. Se cambió perezosamente mientras intentaba recordar el motivo de su malestar, pero cada vez que se acercaba a una respuesta, ésta se escapaba como si de un juego se tratase.

Bajó las escaleras con cuidado, acomodándose unos tirantes negros un poco deshilachados por el tiempo. Decidió saltarse el desayuno, puesto que no se sintió con ánimo de probar bocado, y optó por reorganizar un poco el local antes de empezar su turno. El viejo Leblanc era un hábil relojero, sus dedos bailaban sobre las piezas y engranajes de metal como si fuesen un simple rompecabezas. Ya nadie visitaba el taller, pero todo el barrio había oído hablar de él por lo menos una vez. Era una leyenda, o más bien, un triste cuento para contar a los niños.

El estado del local era deplorable, las estanterías detrás del mostrador estaban llenas de polvo y por el suelo se desparramaban piezas de cobre y acero. Leblanc había decidido hacía mucho tiempo dejar de limpiar y dedicarse por completo a su trabajo, una idea bastante caprichosa para alguien que no recibía clientes.

En ese instante, el viejo pudo jurar que escuchó la

campanilla de la puerta, así que dejó de prestarle atención a lo que estaba haciendo y se concentró en un punto fijo de la entrada, que seguía llena de telarañas y sin señal de haber sido usada. Frunció el ceño, creyéndose tonto por pensar que alguien podría haber entrado y se golpeó la frente cuando recordó, aún más torpemente, que ni siquiera había colgado el cartel de "Abierto" que colgaba todas las mañanas.

Pero la campanilla sonó de nuevo.

Leblanc se acomodó los anteojos sobre el puente de la nariz y se acercó a la fuente del sonido. No se sorprendió al no ver a nadie esperando del otro lado, pero notó casi al instante el hueco vacío sobre la pared donde antes se hallaba un antiguo reloj cucú, hecho de roble, pulido y barnizado con sus propias manos. Se alejó extrañado, era imposible que lo hubiera vendido, se había prometido nunca hacerlo, al ser una de sus más bellas creaciones; e incluso de haberlo hecho, lo recordaría perfectamente. Retrocedió otro par de pasos, hasta que su pie chocó contra algo. Llevó su mirada al suelo, donde encontró el artilugio.

-Qué demonios... -murmuró, mientras se agachaba a recoger el reloj.

En ningún momento había escuchado el sonido de la caída, y el aparato parecía verse bien, sin rayaduras ni engranajes sueltos. Lo tomó entre sus manos, casi soltándolo del susto cuando otra campanada inundó el silencio, desde el otro extremo de la habitación.

No vio nada, y tampoco a nadie. Se preguntó si su esposa se habría despertado, pero descartó la idea cuando vio que las luces de arriba seguían apagadas. Comenzó a caminar hasta la fuente del sonido con pasos inseguros y dejó el reloj sobre el mostrador.

Otro ruido interrumpió su marcha.

Esta vez venía de arriba.

-¿Norma? -tartamudeó, ansiando encontrar un respuesta desde el otro lado.

Puso un pie sobre el primer escalón, aunque éste se rompió con un espantoso crujido. La pierna ahora le dolía enormemente, pero Leblanc comenzaba a desesperarse, por lo que casi sin inmutarse intentó pisar un segundo escalón, lo cual desató que, uno por uno, los peldaños fueran cayendo como si fuesen piezas de dominó.

El anciano no podía creer lo que ocurría ante él y se restregó los ojos con fuerza, tratando de despertar de un sueño que parecía tan irreal como ridículo. Pero todo seguía allí y, en ese mismo momento, otro eco retumbó en la habitación, esta vez más poderoso que antes.

Ninguno de los relojes parecía tener la hora correcta, pero el que tenía colgado en la muñeca apuntaba temerosamente a un ocho desdibujado por los años. Sin poder explicarlo, confió en ese horario y recorrió con la mirada las paredes, llenas de cucú colgados, esperando las nueve en punto.

Ya estaba mareado cuando más silbidos inundaron su oído. Parpadeó, aún creyéndose dormido, y sus ojos enfocaron la pared, donde ahora la mitad de sus creaciones faltaba y yacía en el suelo.

-¡Norma! -volvió a gritar, esta vez más desesperanzado.

Escuchó el timbre de una campanilla y giró hacia el mostrador, donde un despertador antiguo hacía temblar, casi indescriptiblemente, las repisas. El piso comenzó a estremecerse también, desestabilizando a Leblanc y causando su caída. Cuando su espalda estuvo por chocar el suelo, el viejo cerró los ojos esperando por la fría y áspera sensación de los tablones de madera. Pero el golpe nunca llegó, y de pronto se halló a sí mismo flotando entre las olas de un mar.

La cantidad infinita de relojes, números, agujas y engranajes que se desplegaba ante sus ojos era la brutal imagen de la trampa en la que se había sumergido. Relojes cucú, cronómetros a cuerda, relojes de arena. Agujas en punta, redondeadas, dibujadas..., toda la biografía de Leblanc expuesta de una manera escalofriante.

Cuando la marea alcanzó sus hombros, no tuvo más remedio que despegar sus pies del suelo para dejarse llevar, errante. La respiración se le cortaba y, en ese momento, el anciano dejó su mente ir lo suficiente para olvidarse de lo que sucedía y enfocarse en la forma de salir, pero a donde fuera que mirase, sólo había más de lo mismo. Una estocada sobre su estómago lo hizo salir del estupor, se apretó el abdomen con fuerza, pero el dolor no hacía más que incrementar.

Sus pies se quedaron inmóviles de golpe. Una gota de sudor recorrió su frente al verse privado de sus extremidades, e intentó remar con las manos hasta el lugar donde creyó que podría encontrarse el mostrador, pero continuó a la deriva. No había rastro alguno de paredes, del entrepiso o de su esposa.

Un frío metal escaló su pierna, acompañado de un sonido estremecedor. No hizo ningún movimiento hasta que las yemas de sus dedos se ensombrecieron y se tornaron de un color caoba. El estrés de la incertidumbre lo invadió una vez más y trató de patear, sin éxito. A duras penas siguió oscilando entre la superficie y el abismo, cuando una de sus manos dejó de reaccionar ante las órdenes que dictaba su cerebro.

Leblanc se encontró con otro reloj, ascendiendo de forma metamórfica por su brazo. Su piel, ahora llena de números, había dejado de temblar, convirtiéndose en un rígido trozo de madera. Observó con temor, y la mano restante comenzó a copiar a su compañera,



despojándolo de lo único que lo mantenía a flote. Poco a poco, se fue hundiendo, sin lucha, sin esperanza ya.

Cada parte de su cuerpo se fue llenando de tuercas, engranajes, desde adentro hacia afuera y, en cada caso, una fuerte punzada le atacaba lo que solía ser carne. Desde el centro del torso brotaron dos agujas, perforando su corazón y lo último que quedaba de él. Un filo helado le recorrió la espalda en el asesino cierre de ojos que dio fin a su vida.

El sonido de los relojes anunció las nueve.

Leblanc se despertó con una fuerte angustia, su cuerpo se sentía frío, lejano. Su piel, casi desconocida, temblaba ante su propio tacto.

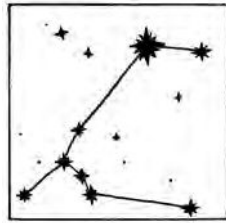
Salió de la cama tratando de no despertar a su esposa y bajó al local haciendo malabares en las escaleras para acomodarse los tirantes. Arrastró los pies hasta el mostrador, levantando consigo nubes de polvo, y apoyó la caja sobre la mesa.

Una campanada interrumpió su tarea, y giró hacia la puerta, en dirección al origen del sonido. Ante una segunda campanada, se acercó, notando la ausencia de su reloj cucú favorito, por lo que se alejó unos pasos para ganar perspectiva, hasta que su pie chocó con algo. Al alzar el artefacto, otra campanilla inundó el silencio.

Y luego otra vez.

LUCÍA OJEDA

BITÁCORA



LA SEMANA DE MARZO

¿Comienzo, profe? Bueno, a ver, no estudié mucho, pero digo lo que sé.

La Semana de Mayo comienza un lunes, ¿o un domingo? No, no, un lunes, ¿el 25? ¿O no? No sé qué día cayó, bueno, el lunes de la semana del 25 de mayo de 1810. El primer día, el virrey, ¿cómo se llamaba? Algo de los cisnes, cisnes, cisnes, ¡Cisneros! Eso, Cisneros, ¿y el nombre? Algo del hígado, ¡Hidalgo! Sí, Hidalgo, el primer nombre no me acuerdo, profe, discúlpeme. Bueno, cómo decía, el lunes de esa semana tan emblemática en la historia de nuestro país, el virrey Hidalgo Cisneros les dijo a todos los que vivían en el Virreinato que se mantengan fieles a España, pese a que ésta había sido invadida por los franceses.

Bueno, al otro día, los criollos claramente no le hacen mucho caso al virrey y deciden comenzar a exigir un Cabildo Abierto, que era, ¿vio cómo sé, profe?, cuando en las reuniones que se daban en el Cabildo podía participar la gente "normal", los que no eran funcionarios ni tenían ningún cargo podían participar.

Ok, después... ¡Ya me acordé! Comenzó el 18 la semana, entonces 18, 19, ahora le voy a contar lo que pasó el 20, profe. El 20 Cisneros se junta con los que siempre participaban en las reuniones del Cabildo, los jefes militares, los criollos con cargos, etc., para organizar el Cabildo Abierto.

Después, el 21 avisan que el 22 va a ser lo del Cabildo Abierto y nada más. El 22, después de discutir y hablar mucho con los que habían ido, deciden que el virrey Hidalgo tenía que abandonar el poder, ¿se avivaron un poco tarde, no le parece, profe? Bueno, no se enoje, una cargada nomás, ahora sigo, deciden

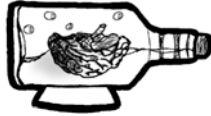


que tenía que abandonar el poder y medio que no le queda otra, si tenés a todo el Cabildo en contra mucho no podés hacer, igual ahora que me acuerdo, al otro día formaron una Junta de gobierno y lo pusieron como presidente, no entendí mucho eso, si te lográs sacar al chabón de encima por qué lo vas a poner como presidente, pero, bueno, igual no a todos les gustó esta decisión, había varios en contra. De hecho, al otro día, los ciudadanos al enterarse de que habían puesto a Cisneros como presidente se enojaron y salieron a protestar hasta que consiguieron que renuncien todos los miembros de la Junta.

Y después llegó el 25 de mayo, ¿se hizo rogar, no? Bueno, en este día se forma el primer gobierno patrio. Todo el pueblo esperó en la Plaza de Mayo a que salieran a decir los que estaban reunidos en el Cabildo qué onda, cómo iban, hasta que por fin salen y dicen quiénes son los que van a integrar la Nueva Junta, que no era otra cosa que el Primer Gobierno Patrio. A las tres de la tarde, los miembros juraron desempeñar lealmente su cargo y conservar esta parte de América para el Rey español Fernando VII, aunque el verdadero propósito de los patriotas era independizarse de España, tontos no eran. Y eso, ahí terminó la Semana y hasta ahí estudié, usted dijo que no tomaba nada más.

Así que bueno, nada, ¡viva la patria!

MILENA KOYRA



en alguna playa de mi cabeza
hay un viejo bote encallado
lo sé porque escucho el oleaje
que golpea sin ritmo contra el casco

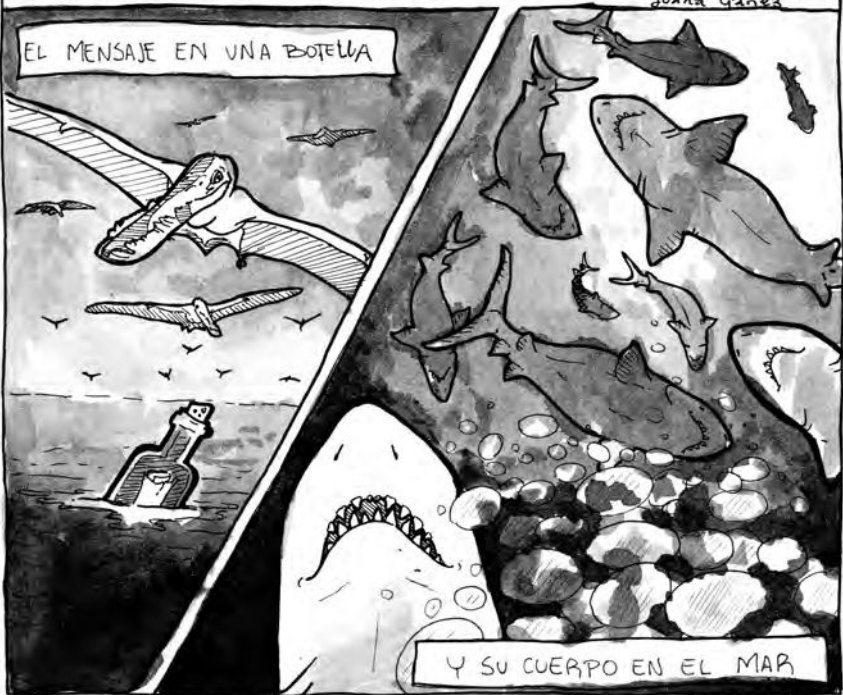
se hunde océano forzado
percute brutal sobre el yunque
de la mente desfasada

mar de fondo

VENTURA GIL



JUANA YANEZ



RUBRUM LUX

-Lux, despierta. -Sentí su respiración suave y cálida contra mi oído. Con desgano, giré en la cama, tanteando la misma con una de mis manos, en busca del cuerpo que, al menos hasta hacía un minuto, creía que me acompañaba. Me senté en la cama violentamente, abriendo mis ojos para recorrer el cuarto con la vista. Por unos segundos, no reconocí el lugar que me rodeaba, ni el cuerpo que habitaba. Tuve que palparme las piernas, los brazos y el pecho para comprobar que me correspondía.

Cubriendo mi pecho con los brazos cruzados, caminé al pasillo, dispuesta a averiguar de qué se trataba todo esto. Las luces estaban apagadas, y solamente la tenue luz que llegaba desde el ventanal me permitía ver por dónde caminaba. Escuché varias risas, pero no podía ser Zoe. Era alguien más añorado quien las emitía. Les resté importancia sin embargo, grave error cuando una está aparentemente sola, en medio de una oscuridad que parece eterna. Cuando caí en la cuenta de que el pasillo nunca había sido tan largo, ya no podía registrar ni el mínimo rastro de la luz a mis espaldas. El suelo era más suave y resultaba casi hasta etéreo.

-¿Hola? -me animé a decir con el hilo en que se había transformado mi voz, pero el eco de mi palabra fue mi única respuesta.

"Pobrecita, está perdida".

-¿Qué? -Giré sobre mí misma en todas direcciones, buscando la fuente de esa voz, distinta a la de las risas, distinta a la de Zoe. -¿Quién eres? ¿Por qué estoy aquí? -Mi cuerpo cada vez más en tensión, en alerta, esperando una mínima señal para atacar. ¿A quién? Ni yo sabía. ¿Cómo? Soy hábil improvisando.

"¿De verdad quieres saberlo? Podrías no vivir para

contarlo”.

Cerré mis ojos. ¿Cómo aquella voz de inocencia podía estar amenazándome? -Sí -me apresuré a decir, la incertidumbre ya me estaba matando de cualquier forma. Nuevas risas chocaron contra mí, poniendo en jaque mi equilibrio. Pero no caí. Por el contrario, me alcé. Bueno, me alzarón.

Y la negra oscuridad se volvió una piel pálida y unos enormes ojos violáceos, brillosos, como si miles de constelaciones se encerraran en ellos, ahora clavados en mí.

Instintivamente, retrocedí cuanto pude, confirmando que detrás mío hubiera suelo para hacerlo con las palmas de mis manos.

-Hola, extraña. -La oí pronunciar con sus finos labios carmesí. Las palabras rebotaron contra mí, sintiendo la vibración de su sonido en cada una de mis células. Rio ante mi expresión de asombro, o quizás mi inmovilidad.

-Tan decidida que parecías y ahora te has quedado muda. -Se dio vuelta con expresión divertida y preguntó por lo bajo. -¿Has sido tú? Déjame jugar con ella, anda. -Se volvió hacia mí con una risa guardada, y me deslizó por lo que (ahora descubría) era su mano, hasta otra superficie. Se alejó un poco, y con un movimiento de su mano, encendió lo que yo relacioné con un foco. Pero, claro, en aquel lugar en el que nada tenía sentido, qué podía saber yo con mis conocimientos de humana. Pude observar su figura aniñada, su ropa holgada y llena de brillos, su piel tersa, y en su rostro una cierta ternura al verme, como si se apiadara de mí. Como si ella fuera la adulta, y yo tan sólo una niña perdida. -Anda, habla un poco.

Bajé mi cabeza, avergonzada por no saber qué decir. Me acomodé llevando mis rodillas al pecho, y rodeando



mis piernas con mis brazos, haciéndome lo más pequeña que pude, agigantando aún más su forma. -¿Qué hago aquí? -Sentí pena por la primera pregunta que había hecho y por el tono temeroso en que me había manifestado.

-Tú lo elegiste. Te di a escoger entre quedarte en tu casa o morir, y aquí estás. -La angustia se sintió en mi pecho como una pesada piedra arrojada desde encima de mi cabeza.

-¿Estoy muerta entonces?

-No estás viva, eso seguro.

-¿Quién eres? -Apoyé mis brazos en el suelo, y, con cierto flaqueo, me levanté, caminando un par de pasos en su dirección.

-Me llamo Destiny. Suelo jugar con seres como tú, y con lo que harán. Podría hacerte llorar ahora mismo si quisiera.

-¿Podrías volverme a la vida?

-Ése es terreno de Miracle, la verdad. Aunque, últimamente está demasiado con Desgracia. Solían llevarse mal, pero ahora sintió que no la aprecian por todo lo que hace, así que prefiere observar lo que Desgracia hace en el mundo de ustedes. Casi ni juega. -Reí irónicamente, pudo ser una expresión del temor que sufría; luego, me cubrí la cara con las manos.

De repente, como si de un golpe se tratara, recordé algo.

-¿Dónde está Zoe? -Alcé la cabeza, enfrentándola directamente, y repetí la pregunta en un tono más alto. Se hizo la desentendida, apuntó hacia algún sitio, donde la luz se encendió para descubrirla durmiendo plácidamente.

-¿Contenta? -dijo sin una pizca de gracia, entrecerrando los ojos, amenazante. -Humanos, siempre tan insolentes. Siempre con la cabeza en lo que no deben, culpando a las deidades del universo por sus

miseros errores. Por sus insignificantes vidas.

Aquellas palabras resonaron en mi interior como si las hubiera gritado, como si las hubiera susurrado únicamente para mí. Me sentí lamentable, y mis hombros cayeron, cerrando mis ojos, no atreviéndome a abrirlos nunca más.

-De cualquier forma, te encuentras aquí por algo. Sabrás comprender que no puedo hacer nada por azar, ya que él tiene sus propias reglas. -Su tono denotó indiferencia. Me sentía como un avatar de algún juego virtual al que encerrarían entre cuatro paredes hasta que muriera de la manera más inhumana, humillándolo hasta límites inimaginables y riéndose de sus ruegos, de sus gritos. Una risa interrumpió mis pensamientos, dejándome más confundida aún. -No me rebajaré a su altura. Si quisiera matarte, lo haría a mi modo. Jamás podrías imaginarlo. -Sus palabras cortaron mi respiración, mientras me tomaba entre dos de sus dedos. -Hay alguien que deseaba hablar contigo. Y ése es el motivo por el que estás aquí, viendo algo que ningún otro de ustedes, seres repugnantes, verá jamás. Toda tuya- finalizó, pero no iba dirigido a mí.

Sentí mi cuerpo caer desde la fría mano que me sostenía hasta otra superficie, igual o incluso más fría, más irregular, más corpórea, que se amoldaba a mi forma, expresando casi inaudiblemente, un tono de sorpresa.

-Eres más pequeña de lo que imaginaba. -Aquel casi inaudible tono permaneció en sus palabras. Miré expectante la oscuridad, no sabiendo si debía tener más o menos cobardía ante lo que me esperaba. El sitio donde estaba comenzó a moverse, por lo que me aferré a lo que pude con mis manos, mientras el ruido de una inhalación costosa llegaba a mis oídos. -Perdona, estoy muy débil. -Aquel tono me tranquilizaba, y sentía mi corazón partirse, costándole mantenerse

latente. Una muy tenue luz anaranjada alumbró mi rostro y mi cuerpo, al igual que el suyo. Sus huesos apenas cubiertos por una fina capa de piel, cubiertos por una tela igual de fina, holgada, sucia, y destrozada. Su rostro, cubierto por una veladura grisácea, lucía cadavérico. Cada surco en su piel parecía atravesarla por completo. Quizás estuviera muerta, pensé.

-Tú no sabes lo importante que eres -continuó en aquel tono. Negué con la cabeza, reflejándose en aquella luz la expresión de confusión de mi rostro.

-Ya me han dejado en claro que no lo soy. Lo he comprendido.

-Eso es lo que quieren que creas. Si te dijeran lo que realmente vales, deberían matarte.

-¿De qué estás hablando? -emití quizás un poco más fuerte, por lo que uno de sus gigantescos y huesudos dedos cubrió mi boca y parte de mi rostro.

-Van a escucharnos. -Inhaló nuevamente de aquella forma, como si una cadena estuviera ahogándola. -Eres Lux. Eres la única que puede salvar el mundo del que vienes. -Un millón de preguntas inundaron mi mente, y me sentí mareada. Mis ojos se pusieron en blanco y caí sobre mi espalda, involuntariamente. -Son tú y el resto de tu grupo quienes me tienen de esta forma. Quizás Destiny tuvo algo que ver, pero no es ella la responsable de que yo esté así. Puedo asegurarte que nacimos juntas, pero mientras vi cómo ella se alzaba, yo intenté sobrevivir como pude. -Podía oírla, pero era incapaz de emitir sonido. Mi cuerpo temblaba. Sabía algo que mi propia mente no. -Mi nombre es Armisticio. Soy la paz ante la eterna guerra. Mucho menos momentánea, mucho más imposible. Pero tú, tú debes iluminar a tu grupo. Tú debes hacer el cambio. Han cambiado tanto con el correr de los milenios, y su mundo es tan grande (podrían convivir muchos más

reinos allí inclusive), que hice lo posible para que no acudieran. En aquel momento, sentí pena, podría haber sido algo glorioso. Y sin embargo, ahora me doy cuenta que, de no haber sido por eso, ahora estaría muerta.

Sus dedos me alzaron, y la punta de su puntiaguda uña tocó mi pecho, sintiendo en él un calor mayor al que jamás había experimentado. Sentí mi cuerpo convulsionar, hasta que una luz apenas rojiza molestó mis ojos. Al abrirlos, descubrí que era yo misma la que la provocaba, haciéndose más brillante y más tenue con mi respiración agitada. Mis ojos se encontraron con los suyos, y variaron a su sonrisa, o a lo más similar que pudo conseguir.

-No podrás cambiar el mundo de un segundo a otro. Quizás te lleve toda tu vida. Pero esta pequeña luz que estoy dejando en ti puede salvarnos, a ambas, a millones de seres como tu chica, porque tú no perteneces a ellos. Contáglala. -Una respiración más costosa que las anteriores se desarrolló luego de sus palabras, y el estruendo de un misil resonó en mis oídos. No era aquí, era dentro suyo que estaba sucediendo y, seguramente, también en algún sitio del mundo. -Ahora, debes correr, porque Destiny querrá matarte. Corre cuanto puedas, cubre tu luz para que no la apaguen. Irrádiala sólo en quienes creas que van a comprenderla, a aceptarla, y a cuidarla tanto como yo creo que tú lo harás. Eres la última oportunidad, o ambas moriremos. -Luego de una pausa que sentí eterna, en la que me encontré abrazada firmemente a su dedo, me dejó en el suelo, diciendo sólo con sus labios un "Corre".

No miré hacia atrás. Tampoco pude ver hacia delante. Cubrí mi pecho con mis brazos cruzados, aquel calor aún me acompañaba. Corrí tanto como pude, tan lejos como mi cuerpo resistió. Y caí, cerrando mis

ojos agotada, en un suelo que me recibió suave y cómodamente.

Abrí mis ojos de un instante a otro. Ya no me encontraba en el medio de la oscuridad, sino nuevamente en mi cuarto. No era yo quien iluminaba, sino el sol brillante de la mañana. No eran mis brazos quienes cubrían mi pecho, sino Zoe, quien parecía haber estado en aquella posición hacía horas, acomodada completamente a la forma de mi cuerpo. Y mis brazos apretaban a ella, contra mí, necesitando sentirla. Sentí mi cuerpo propio nuevamente, y mi interior pleno. Acaricié su frente, quitando el cabello que la cubría, y dejé un beso encima de su piel, tiñendo rojizo su rostro, como una gota que cae en el agua cristalina, perdiéndose luego entre su piel rosada, sabiendo que dejaría mi primera marca en la persona que más quería.

El primer paso hacia el cambio, hacia la evolución. El primero de muchos.

BIANCA CUCHIARELLI



A la deriva,
cautiva de esta marea,
ausente en tu sonrisa,
acostumbrada a tanta sombra,
a tanto frío.

Una soledad
que antes valía la pena,
y que ahora me ahoga
en un abandono
que inunda mis entrañas.

Guiada por un navío
que me arrastra al olvido
y me encierra
dentro de un reloj de arena
que derrite mis gritos
hasta hacerlos nada.

Busco el rastro de un retorno
sin manos,
ni cuchillos.

LUCÍA OJEDA

CABOS SUELTOS



Quisiera ser
el recorrido del sol,
quemarme y rasgar
lo que palpan tus pupilas
y así
explorar
el calcinante sabor
que detectan tus yemas
al desnudo.

CLARA VALES

ÍNDICE

Capítulo Cuatro: Naufragios por Felipe Cavalli....	5
Mascarón de proa;Ilustración de Lautaro Moreira Lagunas.....	7
Ganas de matarte por Delfina Iocco.....	9
Ilustración de Jeremías Salsamendi.....	11
"No se puede erupcionar" por Clara Vales; Ilustración de Bianca Cuchiarelli.....	13
A la deriva de Josefina Corsiglia.....	14
"Esa madera que se hunde..." por Malena González; Ilustración de Bianca Cuchiarelli.....	15
Amotinados;Ilustración de Lautaro Moreira Lagunas.	17
La venganza de Afrodita por Alejo Andrada.....	19
Ilustración de Sofía Tamis.....	23
"Allí estará..." por Felipe Cavalli; Ilustración de Bianca Cuchiarelli.....	24
"¡Por fin llegué!..." de María Virginia Tamer.....	25
Nueve en punto por Lucía Ojeda....	26
Ilustración de Ignacio Marano.....	30
Bitácora;Ilustración de Lautaro Moreira Lagunas.	33
La Semana de Marzo por Milena Koyra.....	35
Ilustración de Alejo Rubert.....	36
"en alguna playa de mi cabeza..." por Ventura Gil; Ilustración de Bianca Cuchiarelli.....	38
"El naufrago dejó su bote..." de Juana Yañez.....	39
Rubrum Lux por Bianca Cuchiarelli.....	40
Ilustración de Olivia Crespo Clochiatti.....	42
"A la deriva..." por Lucía Ojeda; Ilustración de Bianca Cuchiarelli.....	48
Cabos sueltos;Ilustración de Lautaro Moreira Lagunas.....	49
"Quisiera ser..." por Clara Vales.....	51

A TIENTAS

Proyecto de Producción Artística

Bachillerato de Bellas Artes

U.N.L.P

Prof. Leonel Fernández Pinola

Prof. Roberto Perez Escalá

Prof. Gabriel Ruiz

Consejo Editor:

Felipe Cavalli

Bianca Cuchiarelli

Paula Fioramonti Galanternik

Ventura Gil

Milena Koyra

Lucía Ojeda

Tapa: Sofía Cabrera, Julia Lago & Valentina Perdoni
Septiembre de 2018